

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

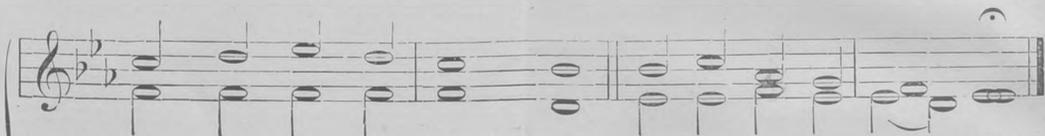
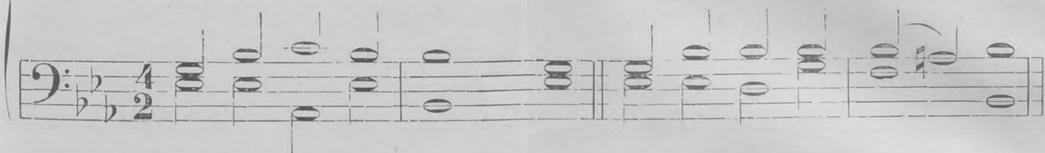
MADRID, 18 DE JUNIO DE 1933

NÚMERO 25

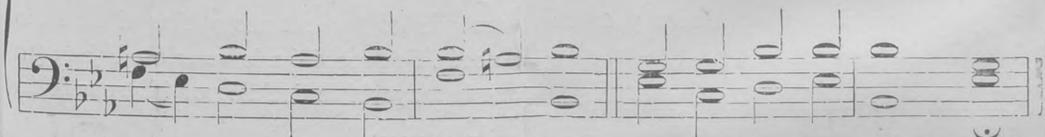
Ven a nuestras almas, Espíritu Santo



1. Ven a nues-tras al - mas, Es - pí - ri - tu San - to,
2. Pa - dre de los po - bres, Ven de do - nes fran - cos;



- Y a la - tie - rra en -- ví - a De tu luz un ra - yo.
Ven de co - ra - zo - nes Es - plen - den - te fa - ro.



3. Fuente de consuelo, — Dulce y soberano,
Huésped de las almas — Celestial regalo.
4. En las aficciones — Seguro descanso,
Del calor refresco — Y solaz del llanto.
5. Ven, divina llama, — Prende en el cristiano
Y su pecho llena — Del amor sagrado.
6. Sin tus beneficios, — Que prodigas tanto,
Nada hay en el hombre — Que no sea malo.
7. Con tus aguas puras — Limpia lo manchado,
Riega lo que es seco, — Pon lo enfermo sano.
8. Todo lo que es duro — Dóblelo tu mano,
Vigoriza al débil, — Guía al descarriado.
9. A tus fieles todos, — Sólo en Ti confiados,
Dales paz que abunde — Y el reposo ansiado.
10. Dales de tu gracia — El favor preclaro,
La salud eterna, — Gozo continuado.

" C O R D E R I T O "

"Corderito" era un muchacho pequeño. En realidad, se llamaba Federico Cordero, y su profesor, en la escuela, le llamaba Federiquín. Pero como era mucho más suave que los otros chicos y no participaba de sus locas travesuras, muy pronto en la clase le llamaban "Corderito". Eso era un mote. El travieso Pedro le había inventado. Federiquín nunca subía por la ventana a la clase, lo que, naturalmente, era preciso hacerlo a escondidas, nunca bajaba rápidamente por la barandilla de la escalera, cuando el maestro en el recreo volvía la vista precisamente al otro lado; nunca peleaba con los otros, cuando había habido alguna lucha. Federiquín no echaba a perder un juego; pero no le gustaba alborotar, y se juntaba con los más tranquilos de la clase. Llevaba su mote sin enfadarse; sólo se puso muy colorado cuando el maestro le llamó así por primera vez.

La clase, inconscientemente, se había dividido en dos grupos. El travieso Pedro capitaneaba uno de ellos. Era grande. "Corderito" era el centro del otro. Este grupo era muy pequeño: "Corderito", Enrique, delgado, pálido y tímido, y Andrés, el pobre chico que llevaba sujetas las piernas con tablillas. A "Corderito" y sus dos amigos nunca se les sentía; al travieso Pedro y a sus compinches, demasiado.

"Muchachos — amonestó el maestro—, nuestra clase está muy mal vista por toda la escuela." Tenía razón. Siempre había ruido en la clase; siempre había luchas y riñas en el patio de la escuela, donde quiera que aparecía Pedro con su turba. Si en la escuela se oía el ruido de cristales rotos, seguramente los malhechores eran de la cuadrilla de Pedro. ¡Cuántas veces era reprendido Pedro! A "Corderito", en cambio, no le reprendían nunca. Más bien se decía: "Pedro, sigue el

ejemplo de *Corderito*." Esto a Pedro le disgustaba; no podía ver a "Corderito".

"¡Corderito, Corderito! — decía Pedro, burlándose del odiado compañero y siguiéndole en el patio durante el recreo una vez que le habían vuelto a reprender—. ¡Corderito, manso Corderito!" "Corderito" se paró, se volvió y echaba chispas por los ojos: "¡Cállate y déjame en paz!" Pero en el mismo momento Pedro le pegó. Sus amigos formaron un círculo. "Corderito" y Pedro se agarraron. Al tocar la campana, y cuando los combatientes se soltaron, la blusa de Pedro tenía un tremendo desgarrón. Acusándole jactancioso mostró la chaqueta al maestro, diciendo: "Esto lo ha hecho Corderito." "¿Es verdad, Corderito?" "Sí." "Siento haberme equivocado respecto a ti." Después de este suceso, Pedro ya no tenía tantos amigos en la clase. Ya no podía demostrar tan abiertamente la aversión que tenía hacia Corderito. Esto le fastidiaba mucho; pero supo ocultar su ira.

Estaba próximo el día de la excursión. Pedro y sus amigos deseaban una caminata a la plaza de los deportes de un pueblo próximo. Allí pensaban jugar al balón. Corderito propuso que fueran en tren a la playa para que les pudiera acompañar el enfermo Andrés. Se procedió a la votación. Y he aquí que la mayoría se decidió por la proposición de Corderito.

Era un precioso día de verano con aire y sol. Las olas, coronadas de blanca espuma, brillaban de una manera maravillosa, se extendían sobre la arena y se rompían con estrépito. ¡Y cómo soplabla el viento por los cabellos! Las gaviotas se mecían; gritaban en el aire tempestuoso. ¡Qué alegría!

Uno solamente estaba muy descontento, y ese era Pedro. ¡Cuánto más hermoso no

hubiera sido jugar al balón en la plaza de los deportes!

“Corderito y Andrés pueden descansar aquí. Los demás daremos un paseo por la playa. ¡Hasta la vuelta! Haced un hermoso castillo hasta que regresemos!”—exclamó el maestro—. “¡Hasta luego, hasta luego”—dijeron, saludando con las manos—. Alegre se puso en camino la comitiva. Pedro, que no había gritado, iba el último, con cara gruñona. “Bueno, ahora estos dos todavía van a tener un placer extraordinario. No necesitan caminar y pueden edificar castillos”—musitaba lleno de envidia y pisaba irritado blancas conchas en la arena.

Un rato Corderito y Andrés siguieron mirando la comitiva, y luego se pusieron a cavar. Andrés cavó una honda fosa y levantó una muralla. Corderito se puso a buscar piedras y conchas bonitas para adornar el muro del castillo. “¡Andrés!”—exclamó Corderito, que había interrumpido la busca, puso la mano sobre los ojos y miraba fijo a la lejanía, donde la comitiva de los muchachos se movía como una serpiente oscura a lo largo de la playa—. “Andrés, acaba de saltar uno a las dunas. Pero no vuelve a salir.” Ambos estaban de pie mirando; pero no apareció ningún punto oscuro; nada se movía. “No habrá sido ninguno de los nuestros”—dijo Andrés—, y siguieron jugando. Transcurrió un rato; entonces, de repente—ambos muchachos escuchaban—¿no era ese un grito? Corderito precisamente estaba arrastrando una larga rama de pino que iban a plantar en medio de la plaza del castillo. ¡Otra vez! No, serán las olas; acaso las gaviotas. Pero los penetrantes ojos de Corderito recorrían la playa; allí en el mar se movía una persona. Se sumergía entre las olas que avanzaban, volvía a aparecer, movía los brazos como pidiendo socorro y gritaba.

Corderito soltó la rama de pino, corrió todo lo que pudo, vió acercarse cada vez mejor a un hombre que estaba en peligro y reco-

noció a Pedro. Este hacía esfuerzos desesperados para librarse del poder de las olas. Pero en cuanto se levantaba, una nueva ola le derribaba. ¡No había posibilidad de llegar a tierra! y las fuerzas parecían abandonarle. Valerosamente Corderito se metió en el agua y extendió los brazos; pero también a él le alcanzó una ola. Pudo sostenerse y volver atrás. Ya venía Andrés renqueando tan pronto como podía. Había comprendido el peligro en que ambos se encontraban. “¡De prisa, de prisa!” La rama de pino tenía que ayudar. ¡Con qué trabajo avanzaba por la arena arrastrando la rama! Ya parecía que Pedro apenas se podía defender ya de las olas. “¡Agarra!”—gritaron ambos muchachos alargando la rama salvadora al desfallecido. En efecto, Pedro la agarró con sus últimas fuerzas.

“¡No sueltes!”—volvieron a gritar los salvadores, cuando una nueva ola pasó por encima de todos ellos—. Entonces Corderito y Andrés empezaron a tirar; tiraban y caían, tiraban y vencieron. Pedro estaba en la arena desvanecido; temblando de miedo y horror, ambos estaban de rodillas a su lado. “¡A los ahogados hay que frotarlos!” Frotaron al inerte Pedro con desesperación, hasta que ya no podían más; por fin abrió los ojos, volvió en sí. Empezó a contar. Se había quedado atrás; se había escondido en las dunas; sus ropas aun estaban en el escondite; iba a bañarse. Así había sucedido la desgracia.

Corderito buscó la ropa, y cuando los compañeros aparecieron en la lejanía nada se notó. Pedro ya tenía puesto su traje seco. “No me descubráis”—rogó—. “Pero, ¿cómo os habéis puesto vosotros, Corderito y Andrés?” Indignados los ojos del maestro miraban a los dos niños mojados, que se contemplaban confusos. “¿Es que habéis ido, desobedeciendo a mi mandato, a vadear al...” Un rápido movimiento y Pedro estaba delante del maestro con la cara roja como una

amapola y contaba una larga historia, en la que Andrés y Corderito salían justificados y Pedro confesaba honradamente su culpa.

Otra vez Pedro marchaba al final del grupo muy solo, mientras todos rodeaban a Corderito y a Andrés. Sí, Pedro iba muy solo.

Por fin alguien le esperó. El maestro se puso a su lado. Tenía la cara muy seria. Permaneció callado mucho tiempo. Pero entonces—Pedro no sabía lo que le pasaba—pasó un brazo por los hombros de Pedro y le contó una historia de un muchacho que llegó

a ser héroe, porque aprendió a vencerse y dominarse. La cabeza de Pedro había caído cada vez más sobre su pecho. Sintió un extraño calor en los ojos. Allí delante iba Corderito. ¡Ese sí que era un héroe! ¡El mismo! Con qué firmeza descansaba sobre él el brazo del maestro; acaso él podía alguna vez...

Los dos habían quedado muy atrás. La clase esperaba en la estación. ¡Buena recompensa que le habrían dado a Pedro! Entonces Corderito señaló a los que se venían acercando. ¿Era él sólo el que veía qué diferente era ahora el aspecto del travieso Pedro?

Cómo ser de utilidad



A casi todos los niños y niñas les agrada ser de utilidad; pero algunas veces no saben qué hacer para ser verdaderamente útiles.

En mi opinión, lo primero que se requiere para ser útil, *es tener los ojos bien abiertos* para ver lo que hay que hacer. Si un niño o niña anda siempre con los ojos abiertos y *las manos dispuestas* a hacer algo, encontrarán continuamente oportunidades para ser útiles, tanto en la casa como en la escuela, o dondequiera que se encuentren.

El niño que mantiene los ojos abiertos, verá cuando su papá necesita uno de los libros, y ofrecerá para traérselo, sin que se lo pida. Verá cuando la mamá necesita algo, o cuando quieren que le compren algo de la tienda, y se ofrecerá para hacerle los recados, antes de irse a jugar a la pelota.

La niña que tiene los ojos abiertos, verá cuando la abuelita necesita que le enheben

la aguja, y lo hará con prontitud, y con buena voluntad, que la abuelita se imaginará que las hadas han descendido para ayudarla a coser. La niña que tiene los ojos abiertos verá cuando su hermanito está incómodo e intranquilo, y le atenderá, ayudando así a su mamá.

Si andamos con los ojos abiertos se nos presentarán mil oportunidades para ayudar a alguien. Tratemos, pues, de ser útiles así la vida nos será más grata y placentera, mientras vivamos.

(De *La Aurora*.)

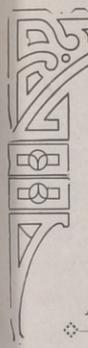
A D I V I N A N Z A

Soy una calle sin casas
voy hacia abajo o arriba,
autos, carros y tartanas
pasan por mí.

(La carretera.)

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: *Por un año*: En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 60. Madrid.



N
habé
terri
llama